

## Gracia irresistible

---



*Prof. Herman Hanko*

### **Introducción**

Aunque la verdad de la gracia irresistible tiene su propio lugar único en los cinco puntos del calvinismo, está inseparablemente conectada con los otros cuatro puntos. Esto se puede demostrar fácilmente. La predestinación soberana y doble es la razón eterna por la que Dios da a algunos gracia y no da esa misma gracia a otros. Agustín, el gran obispo de Hipona, que murió en el año 430 d.C., llegó a saber por experiencia que la gracia que lo había salvado era irresistible. Partiendo de la doctrina de la gracia irresistible y reflexionando sobre por qué algunos recibieron tal gracia y otros no, concluyó que la predestinación soberana era la única explicación. Además, la predestinación es un decreto del consejo de Dios, pero el consejo de Dios es Su propia viva voluntad. Por lo tanto, es la explicación final de todas las cosas, particularmente de la obra de salvación.

El fundamento judicial de toda nuestra salvación, así como la ejecución histórica de la predestinación eterna es la cruz de Cristo Jesús. Él murió para ganar la salvación para todos los elegidos que le fueron dados eternamente. Como el fundamento judicial de la salvación, es el fundamento judicial y la fuente de toda la gracia por la cual somos salvos. Sin la cruz, no hay gracia. Y el poder salvador

de la gracia es la obra perfecta de nuestro Señor Cristo Jesús.

La gracia irresistible es la única que puede salvarnos porque, por naturaleza, somos totalmente depravados. Si al hombre se le da el poder de un libre albedrío para elegir por sí mismo el cielo o el infierno, es capaz de resistir la gracia. La gracia irresistible implica depravación total y es necesaria para salvar a un pecador totalmente depravado.

Y si la gracia es irresistible, entonces la buena obra que Dios comienza en nosotros es continua y perfeccionada. La perseverancia de los santos sigue necesariamente a la gracia irresistible. Si la gracia puede ser resistida, no tengo ninguna garantía de que iré al cielo cuando muera, porque antes de morir puede muy bien ser posible que resista la gracia de Dios, la pierda y termine en el infierno a pesar de la obra de salvación comenzada en mí. Los cinco puntos del calvinismo se mantienen o caen juntos.

La doctrina de la gracia irresistible es también una verdad que necesito conocer para mi propia seguridad de salvación. Conozco las profundidades de mi propia depravación. Sé que siempre resistiré la gracia de Dios. ¿Cómo voy a decir: “Mi consuelo en la vida y en la muerte, por el tiempo y la eternidad, es que pertenezco a Cristo y soy un heredero de la vida eterna”? Solo puedo decir esto con seguridad cuando sé y confieso que la gracia que me salva es irresistible.

## **Gracia**

¿Qué se entiende por gracia?

En su significado más básico en las Escrituras, la gracia es la actitud de favor de Dios hacia su pueblo en Cristo Jesús. Me pregunto con qué frecuencia realmente pensamos en esto, cuán profundamente el milagro de esto

está escrito en nuestra conciencia. Dios nos mira con *favor*. Eso es lo más maravilloso que nos puede pasar. Si no estuviera escrito en cada página de las Escrituras, y si Dios por gracia no obrara fe en nuestro corazón, sería una maravilla demasiado grande para comprender.

Considere cómo Isaías, hablando en el nombre de Dios, describe a todos los habitantes de la tierra desde la creación hasta el final de los tiempos como langostas a los ojos de Dios. O, usando otra metáfora que se encuentra en Isaías 40, todas las naciones de la tierra son como menudo polvo en las balanzas. Una insignificancia de polvo que cae en un lado de la balanza no hace ninguna diferencia en la báscula en absoluto. O, de nuevo, todas las naciones de la tierra son como una gota que cae del cubo. Es decir, un hombre que lleva un cubo tiene algo si la gota está *en* el cubo (no mucho, pero un poquito). Pero si un hombre lleva un cubo con una gota aferrada al borde inferior, lista para caer en el polvo, no tiene nada. Todas las naciones son menos que esa gota a los ojos de Dios que ha creado todas las cosas por la Palabra de Su poder. ¿Qué somos, entonces, cada uno de nosotros? ¿Uno entre miles de millones que han ocupado la tierra? Sin embargo, Dios, el creador y sustentador de todo, tiene *favor* sobre nosotros.

Pero no lo hemos dicho todo de ninguna manera. No sólo no somos nada a los ojos de Dios, sino que somos pecadores desesperadamente malvados. Nos burlamos de Él y nos reímos en Su rostro. Transgredimos Sus santos mandamientos y lo desafiamos a hacernos cualquier cosa. Somos Sus enemigos y prometemos hacer todo lo que esté a nuestro alcance para destruirlo y robarle Su creación. Sin embargo, Él nos mira con favor. Tener favor sobre nosotros significa que Dios se deleita en nosotros. Él nos encuentra lo más deseable. Él tiene placer en nosotros y está decidido a hacernos tan felices como sea posible para nosotros. Él quiere que seamos Su esposa para que podamos vivir con Él eternamente para que Él pueda deleitarse eternamente

en nosotros. Tan grande es Su favor para nosotros que Él hará cualquier cosa para hacernos felices, incluso hasta el punto de entregar a Su propio Hijo a la terrible agonía del infierno.

Por lo tanto, la gracia es “favor”, pero favor para pecadores totalmente indignos. Es mostrar favor y amor a aquellos que son Sus enemigos. Es bendecir a los que lo odian. Es hacer felices a aquellos que tratan de destruirlo. Por lo tanto, es un *favor inmerecido*. Es un favor inmerecido, porque no podemos merecer nada cuando somos enemigos de Dios. La gracia se da gratuitamente a aquellos que no tienen nada con qué comprarla. La gracia es un favor que es odiado y blasfemado por aquellos que son sus objetos. La imposibilidad de esto es posible sólo gracias a la cruz de Cristo.

Esa gracia también es un poder. Yo puedo mirar con favor a alguien. En un caso extremadamente raro, incluso puedo mirar con favor a alguien que ni siquiera me conoce. Es imposible para nosotros mirar con favor a alguien que nos odia y hace todo lo posible para matarnos. Pero si miro con favor a alguien o no, no hace ninguna diferencia para la persona que es el objeto de mi favor. Pero el favor de Dios es un poder. Es un favor poderoso que a aquellos que son los objetos del favor de Dios realmente transforma en santos hermosos. Es un poder que hace santos oradores de los blasfemos, hace de las prostitutas la novia de Cristo, hace de rocas feas e inútiles bloques de mármol para ser utilizados en el templo en el que Dios mora. Por gracia sois salvos... (Efesios 2:8).

Esa misma gracia es un poder que opera dentro del corazón del pueblo de Dios, que les permite caminar en un mundo de sufrimiento y oposición, fieles a su Dios. Es un poder para llevar las cargas, tomar la propia cruz, permanecer fieles en la tentación y amar a Dios y a nuestro prójimo. Pablo pensó que la eliminación de un aguijón era necesaria para llevar a cabo su llamado como misionero a

los gentiles, pero Dios se negó a quitar el aguijón, asegurándole a Pablo: “Bástate mi gracia” (II Corintios 12:7-10).

La gracia es el origen y la fuente de toda nuestra salvación.

### **Gracia irresistible**

La gracia de Dios de la que somos los objetos es irresistible. La palabra irresistible inmediatamente trae a nuestras mentes cómo nosotros, de nuestra parte, resistimos esa gracia. No hablaría de una roca irresistible en mi camino a menos que hubiera tratado de moverla, pero descubrí que no podía. Se me resiste. La irresistible gracia de Dios es resistida por nosotros. Nosotros, por nuestra parte, siempre resistimos la gracia de Dios. Nos resistimos a ella *antes* que seamos salvados; incluso la resistimos cuando somos conquistados por la gracia irresistible. Resistimos la gracia de Dios antes de ser salvos porque somos enemigos de Dios y lo odiamos a Él y a todas Sus obras. Nos resistimos a Su gracia después de ser salvos porque todavía, aunque conquistados por la gracia, tenemos una naturaleza muy pecaminosa y depravada que aún no ha sido vencida por el poder de la gracia.

En nuestra resistencia a la gracia, incluso después de ser salvos, mostramos nuestra aversión por los ejercicios espirituales, incluyendo la adoración de Dios en el Día del Señor. Nos negamos a prestar atención a las advertencias que nos llegan con la promesa de la verdadera felicidad al guardarlas. Nos resistimos a las propuestas de la dulzura de la comunión con Dios porque preferimos los placeres vacíos del pecado. Aunque estamos casados con Cristo, cometemos adulterio espiritual con el mundo malvado cuando nos convertimos en amigos del mundo en lugar de amigos de Dios. En lo que a nosotros respecta, nuestra resistencia a la gracia es constante, implacable e inclemente.

La gracia irresistible es, por lo tanto, ese favor de Dios hacia sus elegidos en Cristo por el cual Él realmente los hace su pueblo al vencer toda su resistencia. Por gracia soberana, Él derriba la ciudadela de nuestra resistencia, destruye los muros de nuestro odio hacia Él, destruye nuestro orgullo, entra en lo más profundo de nuestro ser y nos convierte en santos que son aptos para vivir con Él como Su novia.

El arminiano dice que la gracia no es irresistible. Él dice que la gracia de salvación de Dios es ofrecida a un hombre. El único acceso al corazón del hombre es por medio de halagos y técnicas persuasivas. Dios tiene que ser un vendedor hábil que vence la resistencia del hombre por Sus poderes de venta. Pero mientras el pecador resista, Dios está indefenso.

El calvinismo dice que el hombre siempre se resiste a la obra de Dios. Él es tan depravado que ni siquiera puede desear la salvación. La gracia irresistible enseña que Dios, a través del Espíritu de Cristo, vence esa resistencia. La gracia de Dios es mayor que la mera persuasión del pecador. Es en sí misma la actitud del favor de Dios hacia su pueblo en Cristo, que tiene tan gran poder que realmente salva.

La gracia, la gracia irresistible, salva del pecado y de la muerte, de la depravación total y del fuego del infierno. Pero también es una gracia que, una vez habiendo salvado, conserva esa obra de salvación en los corazones del pueblo de Dios. Incluso después de ser salvos, continuamos viviendo con nuestras naturalezas depravadas que están en un estado continuo de rebelión contra Dios. Si no fuera por la gracia irresistible, la obra de salvación sería vencida nuevamente por nuestra resistencia. Dios debe, con gracia, preservar Su obra contra nuestra resistencia.

Además, la gracia irresistible obra en nosotros de tal manera que la resistencia que permanece en nuestra

naturaleza pecaminosa es gradualmente superada. La primera obra de la gracia en la regeneración es un cambio fundamental en las profundidades del ser del hombre. Porque es fundamental, es una victoria tan completa que la derrota nunca puede seguirle. La salvación iniciada en los elegidos de Dios es una salvación indestructible. La gracia que salva es como una derrota decisiva del enemigo, que ha derrotado a todas las fuerzas de la oposición y ha traído la victoria total. Pero puede quedar cierto trabajo de limpieza por hacer para despejar los focos de resistencia demasiado débiles para representar una amenaza a largo plazo, pero que son una molestia al fin y al cabo. Así es la obra de la gracia en su comienzo. Es la derrota decisiva del enemigo de nuestra propia naturaleza pecaminosa, y el progreso de esa obra es la limpieza de Dios de lo que queda de pecado en nosotros. Ambos son el fruto de una gracia irresistible.

Pero incluso eso no es todo. Cuando morimos y nuestros cuerpos son puestos en la tumba, nuestras almas son limpiadas y purificadas y los últimos vestigios del pecado son quitados de ellas. Esto también es gracia irresistible. Y cuando Cristo venga de nuevo al final de la historia y levante nuestros cuerpos de la tumba, ellos serán transformados para ser como el cuerpo glorioso de Cristo. Entonces somos completamente cambiados por el poder de la gracia. La gracia ha cumplido su propósito.

Debemos añadir una verdad más a este maravilloso cumplimiento de los logros de la gracia. Cuando estemos en el cielo con Cristo y con todos los santos, continuaremos en nuestro estado de bienaventuranza total solo por la gracia de Dios. La gracia nos libera, la gracia nos sostiene, la gracia nos perfecciona, la gracia nos preserva en la bienaventuranza eterna. ¡Todo es de gracia irresistible, y así solo Dios es alabado!

## Cómo Dios obra Su gracia en nosotros

Dios obra esta gracia irresistible en los corazones de su pueblo de una manera especial. Nuestros *Cánones de Dordrecht* describen esta obra de una manera mejor de lo que somos capaces de hacerlo.

Pero que otros, siendo llamados por el ministerio del Evangelio, acudan y se conviertan, no se tiene que atribuir al hombre como si él, por su voluntad libre, se distinguiese a sí mismo de los otros que son provistos de gracia igualmente grande y suficiente (lo cual sienta la vanidosa herejía de Pelagio); si no que se debe atribuir a Dios, quien, al igual que predestinó a los suyos desde la eternidad en Cristo, así también llama a estos mismos en el tiempo, los dota de la fe y del arrepentimiento y salvándolos del poder de las tinieblas, los traslada al reino de Su Hijo, a fin de que anuncien las virtudes de aquel que los llamó de las tinieblas a su luz admirable, y esto a fin de que no se gloríen en sí mismos, sino en el Señor, como los escritos apostólicos declaran en diferentes lugares.

Además, cuando Dios lleva a cabo este Su beneplácito en los elegidos y obra en ellos la conversión verdadera, lo lleva a cabo de tal manera que no sólo hace que se les predique exteriormente el Evangelio, y que se les alumbré poderosamente su inteligencia por el Espíritu Santo a fin de que lleguen a comprender y distinguir rectamente las cosas que son del Espíritu de Dios... (III/IV:10-11).

Debemos detenernos en esta cita de los *Cánones* para notar lo que se dice que hace la gracia soberana e irresistible. La gracia a través del evangelio ilumina poderosamente las mentes del pueblo de Dios para que puedan entender y discernir las cosas de Dios. A veces, cuando escuchamos la verdad del evangelio proclamada de tal manera que nos conmueve profundamente, decimos: El evangelio es tan hermoso, tan claro, tan fácil de entender.



¿Por qué los hombres no pueden verlo? ¿Por qué hay quienes todavía se oponen? Es tan glorioso, tan atractivo, tan claro que un niño puede entenderlo y deleitarse en él. ¿Por qué los malvados lo contradicen? La respuesta es: Haríamos lo mismo sin importar cuán dulces sean las promesas del evangelio y sin importar cuán claramente se presentaran estas verdades. La oposición al evangelio tiene sus raíces en el odio, no en la mera ignorancia. El pecado es tan grande que el regalo más bendito que se nos puede dar, lo despreciamos y lo ridiculizamos. Que el evangelio sea dulce para nuestro gusto es la obra de una gracia irresistible.

Pero sigamos con la enseñanza de los *Cánones*:

... sino que Él penetra también hasta las partes más íntimas del hombre con la acción poderosa de este mismo Espíritu regenerador; Él abre el corazón que está cerrado; Él quebranta lo que es duro; Él circuncida lo que es incircunciso; Él infunde en la voluntad propiedades nuevas, y hace que esa voluntad, que estaba muerta, reviva; que era mala, se haga buena; que no quería, ahora quiera realmente; que era rebelde, se haga obediente; Él mueve y fortalece de tal manera esa voluntad para que pueda, cual árbol bueno, llevar frutos de buenas obras.

... este es aquel nuevo nacimiento, aquella renovación, nueva creación, resurrección de muertos y vivificación, de que tan excelentemente se habla en las Sagradas Escrituras, y que Dios obra en nosotros sin nosotros. Este nuevo nacimiento no es obrado en nosotros por medio de la predicación externa solamente, ni por indicación, o por alguna forma tal de acción por la que, una vez Dios hubiese terminado Su obra, entonces estaría en el poder del hombre el nacer de nuevo o no, el convertirse o no. Si no que es una operación totalmente sobrenatural, poderosísima y, al mismo tiempo, hermosa, milagrosa, oculta e inexpresable, la cual, según el testimonio de la

Escritura (inspirada por el autor de esta operación), no es menor ni inferior en su poder que la creación o la resurrección de los muertos; de modo que todos aquellos en cuyo corazón obra Dios de esta milagrosa manera, renacen cierta, infalible y eficazmente, y de hecho creen... (III/IV:11-12).

Si consideramos, aunque sea por un momento, que la fe es nuestra obra y no la obra de la gracia, los *Cánones* continúan diciendo que la gracia es responsable, no solo del don de la fe, sino incluso del acto mismo de creer. Como prueba de esto, los *cánones* citan Filipenses 2:13: "Porque Dios es el que en vosotros produce así el querer como el hacer, por su buena voluntad" (*Cánones* III/IV:14).

### **Gracia para toda nuestra vida**

Estoy seguro de que cuando finalmente lleguemos a lo que John Bunyan llamó la Ciudad Celestial, después de los años de nuestra peregrinación, cuando esta vida cansada haya terminado y toda la iglesia esté presente en toda su gloria, miraremos hacia atrás en nuestra vida de pecado y tentación, de tristeza y dolor, para contemplar la gracia de Dios que nos ha traído a tan grandeza bienaventurada. Diremos con la reina de Sabá, mientras se maravillaba de las riquezas del reino de Salomón, ni aun se me dijo la mitad (I Reyes 10:7). Veremos y entenderemos la gracia por lo que es, en todo su poder para vencer nuestro pecado y darnos a nosotros, tan indignos, tan grandes riquezas.

Veremos que *toda* la vida que vivimos, con cada detalle de ella, en todas sus experiencias y problemas, que Dios se complació en enviarnos en este valle de lágrimas, fue únicamente, siempre gracia. La gracia común nos roba ver la bienaventuranza de la gracia. La gracia común enseña que Dios es misericordioso con todos los hombres, y que esta gracia se manifiesta en los buenos dones que vienen a los malvados y a los justos por igual. ¡Qué

problemas crea esto! Las Escrituras nos dicen que, como regla general, los malvados son más prósperos que los justos en los Salmos 37 y 73, por ejemplo. ¿Son entonces los impíos más bienaventurados que los justos? De hecho, toda la Escritura enseña que los justos sufren mucho más que los malvados, porque esta es su suerte en la vida ordenada por Dios (por ejemplo, Hechos 14:22). Si la prosperidad es bendición y favor, ¿es el sufrimiento una maldición y el odio de Dios hacia nosotros? ¡Qué grave es para el hijo de Dios tal herejía!

La gracia es dada a aquellos por quienes Cristo murió. Tal gracia, gracia irresistible, es necesaria a lo largo de toda esta vida.

Siempre el hijo de Dios depende de la gracia de Dios. ¿Cómo se explica si nacimos en un hogar cristiano de padres piadosos? Gracia irresistible. ¿Cómo explicamos que se nos dio el privilegio de beber la fe reformada con la leche de nuestra madre? Gracia y solo gracia. O, ¿cómo es que nacimos de padres incrédulos y que solo después de muchos años de llevar una vida no convertida, fuimos llevados a la fe en Cristo? Solo la gracia de Dios puede explicarlo. De hecho, ¿cómo explicar que el largo camino del pecado se haya convertido en un camino que nos llevó, finalmente, a la verdad de la fe reformada? La gracia de Dios, irresistible, eterna, eficaz, maravillosa gracia.

La gracia nos capacita para llevar a nuestro niño que muere en la infancia al cementerio en humilde confianza en Dios. La gracia nos permite soportar con paciencia en la enfermedad y el dolor, en las cargas y cuidados de la vida. Incluso cuando decimos, “no puedo continuar; la carga es demasiado grande”, Dios da Su gracia para que podamos llevar lo que aparentemente es una carga imposible. Cuando nuestro camino de peregrinación se vuelve demasiado difícil de caminar, las palabras de la Escritura resuenan en nuestros corazones: “Bástate mi gracia. Sigue adelante peregrino cansado;

continúa hacia tu destino sin caerte. Mi gracia te sostiene y te apoya. Estaré contigo para darte ayuda en cada necesidad". Cuando Satanás viene con sus tentaciones de pecar y el horror de la batalla contra el mal nos roba nuestra fuerza; cuando estamos cargados y cansados, maltratados y golpeados por el pecado; cuando no queremos nada más que bajar las armas de nuestra guerra espiritual; Dios dice: "Y habiendo hecho todo, ¡estad firmes! Yo estaré con ustedes y les daré Mi gracia. Yo, en Mi Hijo, he luchado la batalla por ustedes y he obtenido la victoria en la que participan. La fe es la victoria que vence al mundo".

Cuando pecamos y la mano castigadora de Dios pesa sobre nosotros, y gemimos bajo el dolor de Su ira, no debemos decir con desesperación, "El Señor nos ha abandonado. Al Señor no le importa lo que me suceda". No debemos decir estas cosas porque el castigo es gracia, la gracia de un Padre amoroso que, a través de la gracia del castigo, restaura nuestros pies, vuelve a ponerlos en el camino al cielo y nos enseña la bienaventuranza de Su presencia.

La gracia nos permite perseverar en nuestro caminar en la vida, negarnos a nosotros mismos y tomar nuestra cruz diariamente y continuar nuestro camino. La gracia nos lleva a la cruz cuando pecamos para que podamos encontrar perdón y gozo en Aquel que nos amó hasta la muerte. Y cuando por fin debemos caminar por el valle de la sombra de la muerte, la gracia nos sostiene en esa última milla. Cuando por fin estemos en casa y escuchemos las palabras de nuestro Salvador: "Bien, buen siervo y fiel... entra en el gozo de tu señor" (Mateo 25:23), es gracia, gracia pura, nunca nada más que gracia.

## **Cómo Dios obra gracia en nosotros a lo largo de toda nuestra vida**

¿Cómo obra Dios esa gracia en nosotros a lo largo de toda nuestra vida? Esa también es una pregunta importante. Hace muchos años, un fiel creyente, esposo y padre de niños en casa, pero muriendo de cáncer, vino a mí profundamente agitado. Le preocupaba no ser un hijo de Dios. Cuando le pregunté por la razón de su temor, me dijo: “Aquellos que son hijos de Dios están contentos y felices en la forma en que Dios los guía. Yo no estoy contento ni feliz. Quiero quedarme con mi familia y me resulta casi imposible pensar en dejarlos. Por lo tanto, no puedo creer que soy un hijo de Dios. Me falta la gracia del contentamiento”.

Después de haber hablado un poco, le pregunté si consideraba que la gracia era similar a una botella de penicilina, con instrucciones para tomar una cucharadita cada cuatro horas y la infección se curaría. Después de unos momentos de reflexión, respondió afirmativamente. Sí, él había considerado la gracia de esa manera. Pero Dios no obra Su gracia de esa manera. Él no nos envía una aflicción de un tipo u otro, nos dice que oremos por gracia, y deja que esa gracia trabaje automáticamente y, separada de nuestra experiencia, quite nuestra ansiedad y miedo. Él siempre trata con nosotros como personas racionales y morales. Él no nos lleva, como solía decir mi pastor de días anteriores, al cielo en la litera superior de un tren Pullman Sleeper. La gracia nos es dada, gracia suficiente, gracia irresistible, pero no gracia barata. La gracia viene a través del camino de la lucha, luchando contra la duda, la oración, aferrándose fervientemente por fe a las Escrituras y mirando a Cristo, el autor y consumidor de nuestra fe.

La gracia nunca funciona automáticamente y separada de nuestra conciencia. La gracia obra de tal manera que nuestras mentes y voluntades cambian.

Mientras somos enemigos de Dios, Él comienza la obra de gracia en nuestros corazones. Lo hace, en ese primer momento de la obra del Espíritu, separado de nuestra conciencia. Pero después el Espíritu, dado de gracia, hace que nuestras mentes conozcan y entiendan la verdad y, entendiéndola, la amen. Él hace que nuestras voluntades, repentina y misteriosamente, amen lo que antes odiábamos y busquen fervientemente lo que una vez despreciamos. Mientras que en sus operaciones iniciales hay un sentido en el que somos arrastrados a la salvación en contra de nuestra voluntad, la gracia nos hace dóciles, dispuestos y ansiosos siervos de Cristo que están agradecidos por la salvación que nos ha sido dada en Cristo.

Jesús, al explicar la gracia que salva, le dice a la multitud que no creía que Él era el pan de vida “Ninguno puede venir a mí, si el Padre que me envió no le trajere” (Juan 6:44). La palabra “trajere” es una palabra fuerte que significa “jalar poderosamente”, como uno tiraría de una cuerda cuando está jugando el tira y afloja. Sin embargo, esta poderosa e irresistible atracción de la gracia es una atracción que jala nuestras obstinadas voluntades a un estado de obediencia voluntaria y gozosa a Él, y a nuestras mentes oscurecidas a la luz de la verdad.

Jesús entonces agrega: “Escrito está en los profetas: Y serán todos enseñados por Dios. Así que, todo aquel que oyó al Padre, y aprendió de él, viene a mí” (Juan 6:45, citando Isaías 54:13). El punto del Señor es claro. La irresistible atracción de la gracia viene a través de la predicación del evangelio. La forma en que se obra la gracia en los corazones y las vidas del pueblo de Dios es a través de la predicación. De hecho, desde la Reforma, la predicación, junto con los sacramentos, han sido llamados los medios de gracia. Estos son los medios de Dios para obrar la gracia irresistible en los corazones de los elegidos.

Si bien este no es el foro en el que discutir extensamente la doctrina bíblica de la predicación del evangelio, es necesario hacer algunos puntos.

La predicación es una obra de la iglesia de Cristo, que la iglesia lleva a cabo a través de su ministerio ordenado. Es decir, la congregación local, establecida por Cristo, está llamada a predicar, una tarea realizada por ministros que son llamados y ordenados para la obra. Esto implica, en primer lugar, que la predicación no es tarea de nadie que se sienta llamado y se encargue de predicar. Sólo la iglesia predica, a través de un ministro a quien la iglesia misma llama. Esto significa, en segundo lugar, que la predicación es el único llamado de la iglesia. La iglesia no debe participar en el trabajo de mejorar las condiciones sociales. No es una reunión social para proporcionar actividades para personas mayores, jóvenes y solteros mayores. Tampoco lo es predicar la entrega de homilías morales o discursos eruditos. La predicación no está orientada a la persuasión moral; tampoco es una presentación de un Cristo para todos, ofrecido a las personas, y acompañado de súplicas a las personas para que aprovechen la oportunidad de aceptar a Cristo.

Cuando la predicación se lleva a cabo de una manera apropiada y bíblica, y cuando las Escrituras son el único contenido de esa predicación, entonces Cristo habla. Este es el claro testimonio de Romanos 10:14-15 y Juan 10:3-4. Esa predicación no es, por lo tanto, la súplica insípida e impotente de un Cristo gimiente cuya súplica tan a menudo no es escuchada. La predicación es el “poder de Dios para salvación” (Romanos 1:16). La Palabra de Dios predicada nunca regresa a Dios sin cumplir su propósito. Se predica para salvar a los elegidos a través de la gracia, pero también para endurecer en la ira a los incrédulos. Ambos son el propósito de Dios; ambos siempre se logran.

El poder de la predicación no está en las habilidades oratorias, las habilidades exegéticas, los talentos

homiléticos o los poderes de persuasión de un predicador. El poder de la predicación reside exclusivamente en la obra del Espíritu Santo. El Espíritu Santo obra gracia en los corazones de todos los ordenados a la vida eterna. El Espíritu Santo es el autor de toda gracia que salva. Pero el Espíritu Santo se une a la predicación del evangelio. Él no operará independientemente del evangelio. Él no dará gracia donde el evangelio no esté presente. Él se ata a Sí mismo a la predicación, predicando las Santas Escrituras de las cuales Él mismo es el autor.

El Espíritu Santo es nuestro instructor en las Escrituras y el autor de nuestro amor por la verdad de la Palabra de Dios. Cuando, por lo tanto, el Espíritu Santo obra la gracia irresistiblemente en los corazones del pueblo de Dios, Él les enseña todas las maravillosas obras de Dios. Él les muestra en las Escrituras la gran obra que Dios ha hecho en Cristo al salvar a Sus elegidos. Él, a través de las Escrituras, familiariza al pueblo de Dios con todas las promesas que Dios hace a Su pueblo. Pero el Espíritu usa toda esta instrucción para aplicar las mismas bendiciones de las cuales las Escrituras hablan a los santos para que realmente lleguen a ser poseedores de tales grandes bendiciones. En otras palabras, toda la gracia del Dios Todopoderoso viene al pueblo de Dios a través de su conocimiento de las Escrituras obradas por el Espíritu Santo. La gracia es irresistible también cuando se da a través de la predicación de las Escrituras.

Al pueblo de Dios se le enseñan las Escrituras de tal manera que el aprendizaje que las Escrituras dan es el gozo principal de sus vidas. El Espíritu no nos instruye como un maestro que fuerza a un niño contra su voluntad a aprender sus tablas de multiplicar. El Espíritu nos muestra la belleza de las enseñanzas de Dios y el gozo que tenemos al aprenderlas. Y el Espíritu nos da un deleite para aprender las cosas de Dios al aplicar todas estas enseñanzas a nuestra vida en el mundo. Él nos muestra cómo estas



enseñanzas dan consuelo en el dolor, ayuda en la necesidad, gozo en el dolor, fortaleza en la debilidad. Él nos muestra estas cosas al consolarnos en nuestro dolor y fortalecernos en nuestra debilidad. Esa es la gracia que salva. Esa es la manifestación del favor de Dios para nosotros que somos pecadores indignos.

Podemos entrar tambaleándonos en la iglesia el domingo por la mañana cansados de la lucha contra el pecado, conscientes de todos nuestros fracasos y defectos, y temerosos de aparecer ante Dios, debido al dolor de nuestras almas. Pero entonces vienen las palabras de Cristo: “Venid a mí todos los que estáis trabajados y cargados” (Mateo 11:28), y el Espíritu aplica esa Palabra irresistiblemente a nuestros corazones, venciendo nuestro dolor y temor y atrayéndonos a Cristo por el poder de la Palabra predicada.

Podemos entrar en la casa de Dios en el Día del Señor todavía llorando con el dolor con el que enterramos a un ser querido. El evangelio viene con sus buenas nuevas de la victoria de la resurrección de Cristo y la gloria que es un halo para nuestra muerte, porque es la puerta al cielo. El Espíritu Santo no explica simplemente la verdad de la resurrección; Él la aplica a nuestros corazones de tal manera que dice: “Esta verdad es para ti”. Y nuestras lágrimas son secadas, por la gracia irresistible del evangelio que viene a nosotros.

La gracia viene a nosotros de tal manera que obra irresistiblemente la seguridad de nuestra salvación en Cristo, porque la fe es seguridad. Cuando nos apropiamos de las benditas verdades del Evangelio por fe, lo hacemos por una fe que nos da la seguridad de que todas estas bendiciones de las que habla el Evangelio son nuestra herencia. En otras palabras, la gracia irresistible trae seguridad personal.

La gracia irresistible no es, por lo tanto, como una cucharada de medicina. La gracia se da en todas nuestras

debilidades, en nuestras luchas y pruebas, en medio de todas nuestras tentaciones bajo el maltrato de Satanás. La gracia nos habla de la propia palabra de Dios: “Tengo grandes cosas reservadas para ti. Cuidaré de ti en toda tu vida. Tengo favor hacia ti y me deleito en ti. Te amo y me casaré contigo a su debido tiempo. Eres mi hijo y tengo una gran herencia reservada para ti. Sigue adelante en tu llamado y pelea una buena batalla de fe. Si pecas, Yo te perdonaré y te mostraré la cruz y la obra de Mi Hijo. Si te hago cosas que te desconciertan, que te tientan a cuestionar Mi bondad, que te llenan de miedo y enojo, entonces recuerda, Yo soy mayor que tú y conozco la mejor manera de prepararte para la gloria. Yo te llamo a caminar por fe, no por vista. No te exijo que comprendas Mis caminos, pero sí te exijo que creas en Mi Palabra. Bástate Mi gracia. Llegarás sano y salvo a casa”.

El apóstol Juan, al hablar de la encarnación de Cristo, dice: “Porque de su plenitud tomamos todos, y gracia sobre gracia” (Juan 1:16). La metáfora implícita es abrumadora. Gracia en lugar de gracia, como las olas del océano en la playa, gracia reemplazando la gracia, gracia que viene después de la gracia, ola sobre ola; gracia para esta necesidad presente y, cuando surge una nueva necesidad, una nueva ola de gracia. Siempre somos los receptores de la gracia. Está ahí para nosotros derramándose en olas de un gran cuerpo del mar insondable del amor inmutable de Dios; ¡siempre dada, siempre irresistible, siempre para alabanza y gloria de Dios!

Las Escrituras hablan de nuestra recompensa que Dios nos dará por nuestras obras. La Confesión Belga nos dice que esa recompensa por nuestras obras es también gracia:

Así, pues, hacemos buenas obras, pero no para merecer (pues, ¿qué mereceríamos?); más bien, aun por las mismas buenas obras que

hacemos, estamos en deuda con Dios, y no Él con nosotros, puesto que “Dios es el que en vosotros produce así el querer como el hacer, por su buena voluntad”. Prestemos, pues, atención a lo que está escrito: “Cuando hayáis hecho todo lo que os ha sido ordenado, decid: Siervos inútiles somos, pues lo que debíamos hacer, hicimos”. Sin embargo, no queremos negar que Dios premia las buenas obras; pero es por Su gracia que Él corona sus dádivas (Artículo 24).

¡Incluso nuestra recompensa en el cielo es la gracia irresistible! La verdad de la gracia irresistible es nuestro único consuelo y esperanza.